





Foto: Archivo Papel de coladura

1 Hoy es Halloween y lo celebraremos en el barrio. Además, a mi hermana, que nació hace un año, le harán una fiesta en el Club de la FAC, gracias a un pariente que es de la Fuerza Aérea. Mi mamá ha comprado las sorpresas, la piñata; ha mandado a hacer una torta de dos pisos; le ha vestido de azul oscuro y un saco blanco con mucho amor porque nació justo cuando ella había perdido la esperanza. Con D. la recuperó y por eso es un día importante. Importante porque con la muerte de los abuelos en Armero mi mamá por poco también se muere. Pero no. Tengo once años y hoy también es el día más feliz de mi vida porque después de una larga temporada, mi equipo, el de mi padre, disputará la tercera final de la copa Libertadores contra Peñarol. Han sido dos partidos duros para llegar hasta acá, hasta Santiago de Chile, sede escogida por la Confederación Sudamericana de Fútbol, después de un largo período donde gracias a las imperfectas transmisiones de televisión, esta tarde, mientras mi madre y sus amigos juegan con sus hijos yo me iré a la cantina de oficiales del club, me aparearé, y recordaré lo siguiente:

1. El primer partido, en Cali, ganamos 2 a 0 y la ilusión por los goles de Battaglia —un tirazo libre desde el flanco izquierdo a todo el ángulo— y Cabañas —un soberbio tiro que impactó casi cayéndose con el empeine y que se metió a la portería de martillito— está vez sí nos convenció de que no nos pasaría lo de los dos años anteriores con River y Argentinos Juniors.
2. El segundo partido perdimos 2-1, lo que en estos tiempos equivalía a ser directamente campeones por diferencia de gol. Y solo nos faltaban tres minutos para que

acabara el partido cuando Villar nos metió el segundo. Con un empate nos bastaba.

3. El equipo sufrió los rigores del viaje a Santiago lo cual fue noticia en los periódicos del día. El equipo mal durmió en el aeropuerto, no había bus al hotel, etc.
4. El equipo que ahora sale no puede hacerme esto de nuevo. No ahora cuando sé lo que es la amargura de la derrota tres veces seguidas. No ese equipo que veo en la televisión, que he visto en El Campín con mi papá que grita “soltala, soltala, Gareca”. No el equipo del que se enamoró desde los sesenta, la escuadra de la Fiera Cáceres, Lugo... Un equipo con Falcioni en el arco no puede perder así de nuevo.

Pasados 45 minutos regreso al pequeño salón del club donde ahora los señores, que tendrían la edad que tengo ahora cuando escribo esto, dan sorbitos a un vino servido en

vasos de plástico. Mi mamá lleva un vestido azul de cuadros, marca Biba. Mi hermana tiene dos dientes que le salen como a los conejos. Mi hermano juega por los prados. El cielo está cargado de nubes que anuncian lo peor. Desde entonces mi mamá dice que en los cumpleaños de mi hermana siempre llueve. Yo no adivino el chubasco que se me vendrá encima cuando voy hasta la cantina y me siento junto a varios cadetes, quizás hinchas del Millonarios que le hacen fuerza a Peñarol. Es el segundo tiempo de un partido pesado, lleno de cruces de campo. Gareca por poco la mete de chilena tras un rechazo. Peñarol se ha acercado. Pienso en América y siempre, siempre, hizo lo mejor y lo peor en todos los partidos. Sus noches redondas eran en semifinales con goleadas donde nos ilusionaba para llegar a las finales con la misma actitud de este sábado donde nos basta el empate por una absurda regla de la misma Confederación que decía que la diferencia comenzaba a valer en el tercer partido en tierra neutral, y donde parecía un equipo nervioso, incapaz de dominar a un rival más pesado, sin Cabañas, sin Willington, sin Gareca...

Han pasado cuarenta y cinco minutos y aunque he aguantado las ganas de gritar sé que esta vez ganaré. Peñarol la ha reventado en el palo e hizo un gol en fuera de juego; ha habido intento de gresca en una de las absurdas maromas de Cabañas quien terminó “capando” a un rival en una jugada sin importancia y fue expulsado; de nuevo Gareca casi de chalaca; un claro penal que no le pitaron a Villar; final del segundo tiempo.

Los jugadores van hacia el margen del campo y son masajeados por gordos señores de sudadera. Pienso que esta noche me disfrazaré de rocker parándome el pelo de una manera absurda con la laca de una hermana de un amigo, que me pondré una chaqueta negra de mi madre, y unas gafas oscuras que me han comprado, y podré decir que soy el único del barrio cuyo equipo ha ganado el torneo más importante de América. Faltan solo treinta minutos. Dos de quince. ¿Por qué el América debía alargar todo? ¿Porque sabíamos, sin que lo aceptáramos, que en la puerta del horno se iba a quemar el pan? En esos treinta minutos, sin embargo, salió un América decidido, como si el cansancio les hubiera quitado los nervios, jugó lo necesario para meterla un par de veces aunque no ocurrió así. Con todo, he entendido que

ya somos campeones de la Copa Libertadores de América, con el América, el ameriquita, y cuento los segundos como en aquellos despegues donde se sabe que todo va a estar bien. Sonríe. De todos modos, pienso: ¿Qué hace el expulsado Cabañas azuzando desde la banda? ¿Por qué tenemos que pedir tiempo? No somos un equipo inferior. ¿No somos los favoritos?

He vuelto a ver el gol hoy, 25 años después. Y no tengo nada más que decir. Como entonces, me quedo en silencio, y allá, el niño de once años camina por el prado mojado, con una camiseta OP azul, sintiendo otra vez cómo nada tiene sentido. En unos cuantos segundos —diez, quizás— hemos vuelto a perder. Con el América, desde entonces, nada me sorprende. Ya lo sé todo. En todo caso, al terminar la fiesta de cumpleaños, voy a casa y me disfrazo. La vida, lo sé hoy, siempre es tozuda. Y se parece mucho a ese partido de fútbol: América 0, Peñarol 1. Aquel 31.

Juan David Correa, hincha del América desde los tres años, cuando su padre, un paisa criado en Cali desde niño en el colegio de los hermanos Maristas, lo llevó a ver al América. Ha ido a varias finales del equipo, y en todas ha sentido el dolor de la derrota. En 1996, ante River Plate, supo que jamás vería al América campeón de la Libertadores. En este relato está la proto historia de ese hincha que fue y ya no es.

Carde nublada la de aquel sábado. Alegría generalizada con algo de mesura (inusual en los aficionados del rojo) en varios de los vecinos del barrio; al fin y al cabo los de Ochoa habían arrugado en las dos finales previas. De haber jugado una versión moderna de la Copa Libertadores habrían celebrado tres días antes, en cambio, el gol tardío de Villar en Montevideo los condenaba a jugar el desempate en una sucursal Mirasol: Santiago de Chile. Sí había mucha gente comentando en la previa y algún movimiento de los hinchas rojos de casa a casa alistando la fiesta. El brindis en esa oportunidad, y como curiosidad, sería con vodka, no con aguardiente o whiskey; la ocasión lo ameritaba y entre más “raro” el trago, mejor; una experiencia inolvidable. La medida —por no decir otra cosa— indicaba que había que esperar: el licor para después, pero listo para ser servido.

El partido inició sin la tradicional reunión de vecinos, la familia estaba primero y había que verlo en la casa. La ansiedad aumentaba en un encuentro intenso y mal jugado, lleno de marrullas y juego brusco. Cero a cero en los noventa minutos y el complementario. “No hay penaltis”, la frase más repetida entre quienes temían un posible cobro de Antony De Ávila. La Copa era roja, el resultado les favorecía y lo “merecían” después de tanto esfuerzo en la cancha. Sin embargo, hubo cierto cambio en el color de piel de quienes presenciaban el partido cuando Ochoa decidió cambiar a Gareca por Enrique Simón Esterilla.

2 Por supuesto, la consecuencia fue que el Manya se vino con todo el peso de su historia a buscar el gol del título. La palidez y cierto aumento en los movimientos intestinales producto de la modificación ordenada por el médico, de todas formas, no minó esa fe ciega en la victoria porque ¿cuál era la probabilidad de perder la tercera final consecutiva de Libertadores cuando tenías al mejor equipo de sudamérica y el rival estaba conformado por un poco de peladitos a los que no los conocía ni la mamá?

Las microondas fallaron en el minuto final, nieve en el Trinitron y la primera ronda de vodka no se hacía esperar. Eso estaba listo.

¿Por qué me acerqué al televisor? No tiene explicación. Posiblemente mi corazón verdiblanco no iba a dejar que el rojo celebrara después de tanto robo:

—Me pareció que dijeron gol de Peñarol.

—¡¿Qué?! Si ahí no se oye nada, ino joda!.

Pocos segundos después y antes del primer sorbo de vodka, aparece en la pantalla el “Maestro” Tabares saltando, luego Diego Aguirre abrazado, el banco rojo protestando...

—¡Mija prenda el radio!.

Y nunca se me va olvidar lo que le reclamó al cielo el periodismo de Miguel en las ondas de transistor:

—¿Por qué siempre a nosotros? ¿Dios mío por qué?

Todas las miradas se dirigieron hacia el morrocó. No lo dudé y salí a buscar refugio en la calle antes de que pasara algo grave. No había nadie, la ciudad estaba muerta.

Los azucareros no pudimos festejar, no por respeto, por temor. Esa semana sólo nos distinguió una inocultable sonrisa de oreja a oreja, porque el grito de “¡Justicia!” lo pudimos dar a viva voz y con toda libertad, hasta una noche decembrina, veinticuatro años después, con whiskey y aguardiente. Como debe ser.

Hamilton de la Torre: profesional, docente e investigador. Hace cinco años se le ocurrió que no había un espacio de opinión para la hinchada del Deportivo Cali y decidió crear la Cultura Alternativa del Fútbol. Espera volver a vivir en Cali en el corto plazo o por lo menos eso piensa desde hace tiempo. En la actualidad dedica su tiempo libre a enfrascarse en discusiones bizantinas sobre la crisis del Superdépor.



VS



Hace poco me presentaron a un uruguayo hincha de Peñarol, y por supuesto tardamos poco en llegar al tema de la final de 1987, aquel gol de Diego Aguirre en los últimos suspiros del partido, cuando la diferencia de gol acercaba al América de Cali más que nunca al soñado título de la Copa Libertadores. El lapso de tiempo durante el cual se cortó la señal televisiva de la final copera, que se jugaba en Santiago de Chile, se constituyó en un recuerdo imborrable, un patrimonio de infancia. Pensé que la señal suspendida había sido cosa de la transmisión colombiana, pero me enteré que en Uruguay ocurrió lo mismo: justo sobre el final, en el precipicio de la redención, se quedaron en vilo.

No fueron más que unos segundos, pero esa eternidad se interrumpió con la imagen del delantero de Peñarol celebrando un gol histórico, el quinto título copero del club de Montevideo. Yo estaba en mi casa, con un amigo americano, que cuenta que mi madre entró en ese momento al cuarto preguntando

la razón del alboroto (ni ella ni mi padre eran futboleros) y nos encontró llorando desconsolados. No recordaba la escena, sólo del hueco que le queda a uno en el pecho cuando de repente se esfuma un sueño.

El huidizo título nunca estuvo tan cerca como ese 31 de octubre, ni siquiera durante aquella maldinga tanda de penales en la final contra Argentinos Juniors en 1985. Esa fue la primera en la historia del equipo, apenas la segunda ocasión en que un club colombiano la disputaba (saludos al SuperDépor). En 1987, curtido ya con dos finales perdidas (la del 86 fue contra el River Plate del Beto Alonso y Juan Gilberto Funes), América de Cali era gran favorito al enfrentar a Peñarol. El técnico Gabriel Ochoa Uribe, que cumplía su octavo año en el equipo, había confeccionado un plantel repleto de figuras, uno de los mejores del continente americano. El delantero centro de la selección argentina, Ricardo Gareca, el calidosísimo paraguayo Roberto Cabañas, el monstruo de Willington Ortiz y, sosteniéndolo todo, la seguridad del extraordinario arquero Julio César Falcioni.

En realidad lo que sostenía todo era la fortuna del Miguel Rodríguez, pero yo, a los diez años, poco sabía o entendía del influjo del narcotráfico en el fútbol colombiano, en particular del papel del capo del Cartel de Cali en la metamorfosis del América, club segundón de la

ciudad, pobre y honrado, a leyenda del fútbol continental. Cuando nací, La Mechita tenía dos subtítulos y una raigambre popular que lo hacía célebre, a pesar de sus pobres resultados y las penurias económicas. Al cabo de una década el conjunto escarlata gobernaba el fútbol colombiano con mano de hierro y se había convertido en el primer club en la historia de la Copa Libertadores que disputaba tres finales consecutivas.

Hoy, con esa perspectiva indispensable, asumo esos acontecimientos como una nueva prueba palpable de que, a pesar del sabotaje constante, a pesar de vivir en un mundo de piratas, el fútbol se rige por leyes atávicas. Leyes que doblan los arcos de su historia, eventualmente, hacia la justicia poética. Porque, como bien dijo Maradona —ese iluminado—, la pelota no se mancha.

Lozano Puche: @lozanopuche.twitter.com —Lozano Puche es un periodista itinerante que ha incursionado en prensa escrita, radio, televisión y nuevos medios. Durante algunos años llevó un blog sobre el América de Cali, llamado *La Letra Escarlata*, en el que confesó cómo, a los 6 años, se pasó del Cali al América cuando Willington Ortiz dejó el conjunto azucarero para sumarse a los Diablos Rojos.

4

Mi casa era del Cali pero cuando el América jugaba contra otros equipos todos le hacíamos barra al América. Yo nunca fui ni de uno ni de otro. Lo mío siempre fue apoyar a los que me parecían simpáticos. Del Manchester de Beckham pasé al Barça de Ronaldinho y luego al de Messi, aunque siempre tuve una debilidad por el Liverpool. Nunca me interesé ni por la Bundesliga ni por el calcio y si tuviera que escoger un equipo que marcó mi corazón diría que el Nacional del “escorpión”.

Tenía doce años cuando el América se jugaba la final de lo que entonces me parecía el certamen más importante del fútbol: la Copa Libertadores de América. Hasta el nombre me resultaba épico. Se lo jugaba contra el Club Atlético Peñarol. Era 31 de octubre. Mi primo americano vivía con no-

sotros por esa época. En el intermedio nos pusimos los disfraces listos para pedir los dulces más dulces de la historia: confiábamos en que la victoria era nuestra. Recuerdo haber estado de pie todo el partido. Vestida de vaquera, mi hermano del hombre araña y mi primo no sé muy bien de qué. Supongo que de lo que hubiera o pudiéramos inventarnos. Éramos tres caras pegadas al televisor, sin supervisión de los adultos que se veían el partido en otro lugar de la casa. Recuerdo a mi primo en la cama de sus padres (que también se quedaban con nosotros en la habitación de huéspedes), tirándose para atrás cuando algo tenso ocurría y mordiéndose las uñas. Él sí era un hincha declarado. Faltando un minuto bailábamos. Gritábamos. Oíamos también los gritos del barrio que se preparaba para la mejor fiesta de Halloween de la historia. De repente, se fue la señal. Los gritos cesaron. Nos quedamos quietos.

No tengo presente cuanto tiempo pasó. El tiempo se detuvo para nosotros y millones de otros tele-

videntes que querían gritar Campeón, América Campeón. Fue entonces cuando la señal volvió. Y se alcanzó a escuchar la cola de un grito de gol. ¿Gol?

El Peñarol celebraba y nosotros nos preguntábamos qué era lo que celebraban si América había ganado. Poco a poco fuimos entendiendo que el tiempo no se había detenido y en esos minutos de pantalla negra nos habían metido un gol. Las caras se nos descolgaron. Aún creo recordar el vacío en el estómago. Mi primo lloraba. Mi hermano me miraba desconcertado y yo pensaba que ya no valía la pena salir a pedir dulces. Nos quitamos los disfraces y en silencio salimos del cuarto.

Margarita Cuéllar Barona.

Dirige el cine foro Teorema y co-dirige la revista Papel de colgadura. Sueña con hacer un “cine club” dónde presentar partidos memorables como el que la República Checa se jugó contra Holanda en la Eurocopa de 2004. Si alguien sabe dónde puede hacerse a este material por favor escríbanle a : papeldecolgadura@icesi.edu.co.

Alberto Rebolledo y Diego Caicedo son hinchas de millonarios. Yo soy hincha del Cali. No obstante los fuertes impedimentos morales que esas aficiones suponen decidimos acompañar a nuestro gran amigo, Gonzalo Patiño, a ver la final de la Copa Libertadores.

Nos vimos en la casa de Gonzalo. La casa de Gonzalo era un sitio de reunión frecuente, para hacer trabajos de la U, para tomar cerveza y para no hacer nada. Los papás de Gonzalo tenían repartidas sus fidelidades. El papá, administrador del Pasqual Guerrero, un tipo amable, tranquilo, callado, era hincha del Cali. Doña Nur, una mujer alegre, extrovertida, emprendedora, tenía un único defecto, es americanísima, vendía los abonos del equipo, además. Como todo defecto tiende a agrandarse transmitió a Gonzalo su afición. Aún así los tres tenemos un gran respeto y estima por doña Nur. Ese día la sala y el comedor habían desaparecido y en su lugar una serie de asientos daban de frente a un enorme T.V. de 27 pulgadas, de ancho y de hondo. Los parlantes del equipo, para la

transmisión por radio estaban estratégicamente dispuestos.

A parte del sufriente espectáculo de los seis o siete hinchas congregados frente al aparato, el partido transcurrió con tranquilidad. En el entretiempo el novio de la Nena, la hermana de Gonzalo, alistó los voladores, Doña Nur ajustó las banderas, contó una vez más las bolsas de harina y se aseguró de que no escasearan las viandas.

Alberto, Diego y yo no pudimos evitar hacernos partícipes de la angustia, el tiempo daba para el alargue y la alegría, el triunfo estaba cerca. De pronto, parecía no ser cuento eso de que, en la Copa, el América éramos todos.

Y se fue la luz...

Las sonrisas nerviosas dieron lugar rápidamente a la franca alegría. El triunfo era evidente. Con luz o sin luz, con o sin transmisión, no había tiempo para la debacle. A nadie se le ocurrió prender un radio.

Un punto de luz brotó en el centro del televisor, y antes de que toda la pantalla se iluminara el silencio presagió lo peor. Los electrones se convirtieron en jugadores de Peñarol que se abrazaban. Nadie dijo nada. Hubo más silencio. Gon-

zalo bajó la cabeza y los ojos llorosos de doña Nur no daban lugar a comentarios. Lo mejor que pudimos los acompañamos en esa hora aciaga. A pesar de que lo intentamos, no pudimos evitar que doña Nur guardara las viandas y el trago.

Salimos, cabizbajos los tres, camino al Kokoriko de la avenida tercera norte. Comimos en silencio y nos subimos a un Blanco y Negro 2A rumbo al sur. No puedo hablar si no por mí, pero el semblante tranquilo que nos fue brotando a los tres y el hilo de sonrisa que se desmadejaba en las comisuras, no era tan solo debido a las virtudes del pollo y las papas con guacamole.

Creo que cuando esto sucede uno debe decir que sintió un fresquito, que un amigo con pretensiones más elevadas llama paz interior.

Enrique Rodríguez Caporali. dirige el Departamento de Estudios Sociales de la Universidad Icesi.

El fatídico 21 de octubre de 1987 estábamos todos reunidos en mi casa. Eran tiempos en que latía cierta nostalgia de televisión comunitaria y compartida. De televisor en la sala. Estábamos, pues, todos: las tías todavía jóvenes, mis hermanos entonces niños, la abuela viva, mis papás que todavía se amaban, los vecinos que aún se juntaban y estaba, claro, el abuelo. El hombre se había hecho americano desde niño. Estuvo en el primer triunfo del 79, coleccionaba las revistas del América en las que Miguel Rodríguez aparecía en la sección de sociales y nos enseñó a decir “América paputa” muy a pesar del horror de la abuela. Le decía “Mechita” al América, como llamando a una prima cercana. El 80% de su ropa era roja. Tenía afiches del equipo en sus paredes. Sus únicos rezos estaban dirigidos a conjurar la maldición terrible de Garabato. De ahí que esa tarde estuviese tan emocionado. Pasados 115 minutos de juego el abuelo dio la orden que esperábamos. La orden mil veces ensayada, mil veces soñada: “Ponelo”. Entonces mi tía, con manos temblorosas, lo puso. Era el himno del América (“Con la A, con la M, con la E...”): el momento de tornarnos solemnes. La televisión se dañó por un minuto pero nadie le prestó atención. La gente se aglomeró junto al abuelo para cantar al unísono. Hasta los caleños del barrio le rindieron atenciones. La gente lo abrazaba como si se hubiese hecho padre o ganado la lotería.

Luego sobrevino el silencio. Alguien habló de un gol de último minuto. La señal de la tele regresó impertinente. Lo que queda son recuerdos gastados. Silencio. El abuelo en las escaleras, reducido de tamaño, como lo veo ahora en sus 85.

El abuelo no soltó ni una lágrima mientras asistió a morir a la abuela, compañera por 50 años. Le cantó canciones de amor, “espérame en el cielo, corazón”, se sumergió en un silencio hondo, todavía la llama en sueños. Pero nunca lloró. En cambio, el día en que casi fuimos campeones, lo vi secarse las lágrimas con sus manos obreras y lo vi seguir llorando por largo rato. Algo musitaba entre dientes. Mi hermano jura que tarareaba la letra de un tango: “la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser”. Yo sólo creo que decía “América paputa”. Él, todavía, se niega a hablar del asunto.

Viviam Unás. Profesora del Departamento de Estudios Sociales de la Universidad Icesi

Cada tanto, cuando hablaba con viejos amigos sobre fútbol y las grandes hazañas del pasado, aparecían preguntas cómo esta. ¿Cómo vivimos tal o cual final? ¿Dónde o con quién estábamos? Los recuerdos más claros, en lo que a finales de Copa respecta, son dos: el de la final del 96 contra River (en particular en Cali, saltando en el partido de ida en el Pascual, con yeso en la mano pintado de rojo), y el de la final contra Peñarol. Creo, no obstante, que en ninguno de los dos casos los recuerdos, al menos ya a esta altura, podrían ofrecer una fiel reproducción de lo que pasó en las canchas. (Salvo para el caso de la obra maestra que se mandó Córdoba). Entrar en detalles podría hacerme caer en tremendas imprecisiones. Pero igual creo que esto de reconstruir partidos no viene al caso.

Así que ahí va: de la final contra Peñarol me viene siempre una misma imagen cargada de emociones. Vi el partido en casa de un amigo, en Pance. Los dos juntos en la habitación de sus viejos. Él tendría once y yo algo así como nueve. Creo. Y la imagen es esta: ante la victoria de Peñarol, cada uno de los dos, en silencio y envueltos en pena, permanecemos en extremos opuestos de la

cama. Abrazando cada uno alguna almohada (alguno tendría uno de esos cojines triangulares, siempre recuerdo). Ambos sabiendo que cada uno lloraba, pero sin demostrarlo frente al otro, ni para buscar consuelo. Y desde la puerta mirándonos aparece Hernán, el papá de mi amigo, con las manos en la cintura, como contemplando la imagen tal cual la contemplo yo ahora —puede decirlo, sin imprecisiones, porque esta es mi imagen toda—. La de dos niños inmersos en una profunda e inocente tristeza.

La imagen es emotiva, porque me devuelve los recuerdos de una Cali distinta, la de la infancia y adolescencia. También fue por eso emotiva la experiencia del reciente descenso. Pero no tanto por provocar la remembranza de un equipo de grandes triunfos y estrellas. Más bien por la nostalgia de una Cali sin tantos viejos amigos que resolvieron emigrar.

Juan José Fernández. *Es un intelectual santandereano, autor de varios cuentos y novelas de culto, consagrado intérprete del oboe, el arpa y el clarinete, medallista olímpico en lanzamiento de jabalina y, por sobre todas las cosas, ninguna de las anteriores.*